

en su palacio al emir; las tropas de éste lograron vencer la insurrección, y degollaron á gran número de cordobeses. Alhacam perdonó á los restantes y los expulsó de Córdoba y de España. Salieron con este motivo dos grupos de emigrantes, en su mayor parte renegados, uno de los cuales, de 15,000, se dirigió al Egipto, y otro, de 8,000 familias, á Fez, en el África Occidental del Norte.

Vencido así el partido religioso en Córdoba, el emir acudió á otro peligro no menos grande. La ciudad de Toledo, aunque nominalmente sometida á los emires, gozaba en rigor de una verdadera autonomía. Su población estaba formada principalmente de visigodos é hispano-romanos, renegados los más de ellos: árabes y beréberes había pocos, por haberse establecido, en su mayoría, en el campo. Los toledanos no olvidaban que eran españoles (es decir, que constituían la población nacional frente á los invasores), ni que Toledo había sido la capital de España. Mostrábanse orgullosos de ambas cosas, y se mantenían en un estado continuo de independencia, quizás apoyada en tratados análogos al de Mérida. Alhacam quiso concluir con esto. Para inspirarles confianza, les mandó como gobernador á un renegado, el cual atrajo á su palacio á las personas más distinguidas por su nacimiento ó riquezas de Toledo y sus cercanías, y las degolló. Privada así la ciudad de sus hombres más influyentes, quedó sometida; pero, á los siete años de esto, volvióse á declarar independiente (829), teniendo que luchar el emir sucesor de Alhacam, Abderrahmán II, por espacio de ocho años, hasta que, merced á disidencias ocurridas en Toledo entre cristianos y renegados, se apoderó de ella en 837. En otras partes del reino musulmán ocurrían también trastornos. En Mérida, los cristianos (que estaban en inteligencia con el rey franco Ludovico Pio) se sublevaban á cada momento, y en Murcia los yemeníes y maadíes mantuvieron durante siete años la guerra civil. El aumento de contribuciones que impuso Abderrahmán II, quizá violando algunos tratados anteriores con ciudades importantes, dió pábulo á estas continuas insurrecciones.

155. Los Normandos.—En estas circunstancias, aparecieron en las costas de España las embarcaciones de un pueblo proce-

dente del N. de Europa, el pueblo normando, cuyos guerreros, saltando en tierra saqueaban las ciudades y los campos, siempre que podían. Medio siglo antes habían venido por primera vez á España, pero como auxiliares de Alfonso el Casto (§ 164) en la guerra contra los moros. Ahora sus expediciones piráticas, hechas en barcos grandes, de vela y remo, y en número que permitía el transporte de algunos miles de hombres, comenzaron en las costas de Galicia, de donde fueron rechazados, pasando luego á Lisboa (844) y á Cádiz y Sevilla. Las tropas del emir lograron vencerlos y arrojarlos del Guadalquivir; pero todavía permanecieron algún tiempo apostados en la isla Cristina, en la desembocadura del Guadiana, desde donde hicieron

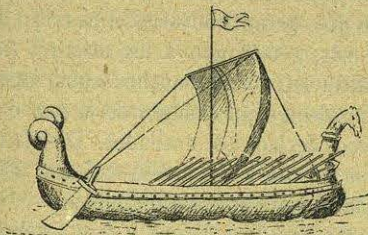


Fig. 67.—Barco normando, según Jal, conforme á miniaturas de los siglos X y XI.

freqüentes correrías por tierras de Sidonia. Para prevenir nuevos ataques, mandó construir el emir buques de guerra, fundando arsenales ó atarazanas en el Guadalquivir. En 858 ó 59 volvieron los normandos (llamados *madjus* por los árabes), asaltaron y saquearon la ciudad de Algeciras, y siguieron luego sus correrías por toda la costa de Levante, hasta el Ródano. Al volver, los atacó la escuadra musulmana, apresándoles dos navíos. En 966 asolaron nuevamente los campos de Lisboa; pero reformada la marina de los musulmanes, que adoptó el tipo de los barcos normandos, éstos se retiraron en 971, al saber que salía á su encuentro la escuadra enemiga. Desde entonces no hicieron más excursiones por el S.

156. Persecuciones de cristianos.—Los emires musulmanes habían seguido la política de tolerancia religiosa con que

empezara la conquista. Las gentes cultas respetaban á los cristianos; pero no podía evitarse que el pueblo bajo se propagara, sobre todo en los momentos de exaltación del fanatismo, insultando á los sacerdotes cuando iban por la calle, bien solos, bien en procesión. Estos hechos, y otros análogos de que eran víctimas, tenían disgustados á los cristianos. Con esto fuéronse exaltando poco á poco los ánimos de los más fervorosos, y especialmente de muchos sacerdotes y monjes; pero, en vez de producir sublevaciones dirigidas á sacudir el yugo musulmán, los cristianos tomaron un camino diferente. Buscaron el martirio, maldiciendo de Mahoma ante el pueblo y las autoridades; y como esto lo castigaba la ley con la muerte, fueron decapitados muchos. No faltaron cristianos que desaprobasen esta conducta, diciendo que, permitiéndoseles el ejercicio de su religión, no cabía pedir más, y tachando á los mártires voluntarios de suicidas. Opinaban así, no sólo muchos legos, sino también sacerdotes, más prudentes, más amigos de la paz ó quizá menos fervorosos, como decían los exaltados. Dirigían á éstos dos hombres de gran talento y de mucha cultura: Eulogio (sacerdote y luego santo) y Álvaro (santo también).

Los escritos y las arengas de uno y otro sostenían el celo de los que no encontraban mejor manera de protestar contra el mahometismo que insultarlo y ofrecer así su vida en aras de la religión católica. El emir, deseoso de aplacar los ánimos, hizo reunir un Concilio de obispos cristianos para que decidiese acerca de la conducta de aquéllos. En el concilio hubo diferentes opiniones, pero prevaleció la contraria á los exaltados, merced, sobre todo, á las razones y la influencia del representante del emir, que era un cristiano llamado Gómez, empleado en la administración árabe y muy protegido de aquél. Sin condenar en principio el martirio voluntario, el Concilio prohibió que en adelante los cristianos siguieran aquella conducta; pero los partidarios de Eulogio y Álvaro no depusieron su actitud. Entonces el obispo Recafredo, metropolitano de Sevilla, ordenó prender á los jefes de los exaltados, lo cual disminuyó la resistencia de muchos de éstos, que se sometieron al Concilio, según testimonio de Eulogio. De los presos, unos fueron decapitados, como las Santas Flora y María; otros, puestos en libertad. No

terminó por esto la cuestión religiosa. Muerto Abderrahmán pocos días después de la decapitación de las santas, su sucesor, Mohámed I, recrudeció las pasiones, mostrándose intolerante, mandando derribar las Iglesias construídas después de la conquista musulmana. Sus ministros extremaron el rigor de esta orden y persiguieron á los cristianos duramente. Muchos de éstos abjuraron por temor; otros resistieron, haciéndose fuertes en Toledo, que se sublevó pidiendo auxilio al rey de Oviedo y León, el cual envió tropas al mando de Gatón, conde del Bierzo. Mohámed derrotó á los sublevados y siguió persiguiendo á los cristianos de Córdoba. Prendió á Eulogio por haber ocultado á una joven musulmana apóstata (la apostasía castigábanla los musulmanes con la muerte), y luego lo mandó decapitar por haber insultado á la religión. Después de la muerte de Eulogio fué decreciendo el número de mártires, hasta terminar este período de persecuciones y sacrificios que la Iglesia ha sancionado luego, elevando á los altares á varios de los mártires cordobeses.

157. El partido español.—Apenas terminada en Córdoba la cuestión religiosa, surgió otra de mayor peligro todavía para el trono de los emires. Los súbditos musulmanes de origen español, que ya en Toledo y en otros puntos habían tratado de hacerse independientes, renovaron sus propósitos con mayor energía y éxito. Los toledanos volvieron á sus sublevaciones, y, aliados con el rey de León, lograron que el emir se aviniese en 873 á un tratado en que reconocía la independencia política de aquéllos bajo el gobierno republicano que habían elegido, sin más lazo con el Estado musulmán que el pago de un tributo anual. En la región aragonesa (que llamaban los árabes *Frontera superior*) una familia de origen visigodo, pero renegada, los Beni-Casi, había llegado á constituir un reino emancipado del emir de Córdoba, en el cual se comprendían poblaciones tan importantes como Zaragoza, Tudela y Huesca. Uno de sus jefes llegó á titularse «tercer rey de España». El emir logró de momento (862) recobrar á Tudela y Zaragoza; pero poco después las perdió, y sus tropas fueron derrotadas por los Beni-Casi unidos con el rey de León. Conviene decir, no obstante, que los Beni-Casi no llevaban plan político determinado en su

independencia. Trabajaban para sí, no por ideal ninguno; y así se les veía luchar unas veces contra el emir y otras contra los reyes y señores cristianos de España y Francia. Hubo vez en que su jefe, aliado con el emir, gobernó en nombre de éste en Tudela y otros pueblos.

En tierra de Extremadura se levantó otro estado independiente, regido por un renegado, Ibn ó Ben-Meruan, el cual soliviantó á los renegados de Mérida y lugares vecinos predicándoles una religión nueva, término medio entre el islamismo y el cristianismo, y excitando los odios de raza. Se alió con el rey de León, impuso tributos sólo á los árabes y beréberes, y al fin logró que el emir reconociese su independencia y le cediese la plaza fortificada de Badajoz.

Todos estos hechos excitaron los sentimientos naturalmente revoltosos de los renegados y cristianos de una región andaluza importante: la de Reya, serranía de Ronda, cuya capital era Archidona. Sus habitantes pertenecían, casi todos, á la población indígena (que llamamos *española* para caracterizarla de un modo unitario, aunque en rigor por entonces no había aún, en la extrema complejidad de elementos, ninguno que verdaderamente representase la unidad nacional), y eran algunos cristianos, pero en su mayoría musulmanes; no obstante lo cual, odiaban á sus dominadores, especialmente á los árabes de quienes eran mal mirados. Los renegados ocupaban, en efecto, en la sociedad musulmana, una situación inferior. Salvo algunos que supieron ganarse la confianza de los emires, la mayoría estaba excluida de los cargos públicos y era despreciada y sospechosa para los mahometanos de abolengo. No es de extrañar, pues, que los renegados, siempre que pudiesen, tomaran desquites como el de los Beni-Casi, el de Toledo y el de Mérida. El de la serranía de Ronda fué uno de los más formidables, porque á su frente se puso un hombre de grandes condiciones militares y políticas.

158. El reino independiente de Omar-ben-Hafsún.—Este Omar fué el hombre á quien aludimos. Descendía de ilustre familia goda, y su juventud fue azarosa, merced á su carácter altivo, pendenciero y amigo de aventuras. Llevado de él, y conociendo el estado de exaltación de los renegados de la serra-

ña, propicio á cualquier intentona, sublevó (880 ú 881) á gran número de ellos, tomando como centro de operaciones un lugar escabroso de la montaña, llamado Bobastro, cerca de Antequera. Esta primera tentativa no le salió bien; pero la renovó en 884, y logró entonces completo éxito. Establecido su centro de operaciones en el castillo de Bobastro, reunió en torno suyo á todos los cristianos y renegados de la comarca, que le obedecían ciegamente, y organizó el país como un reino independiente, tratando en primer término de limpiarlo de gentes de mal vivir, dando seguridad á las personas y haciendas. Hasta 886 no se vió atacado por las tropas del emir; pero desde entonces la guerra fué continua, por más de 30 años, y casi siempre favorable á Omar. Llegó éste á ser dueño de casi toda Andalucía, especialmente de los territorios actuales de Málaga, Granada, Jaén y parte de Córdoba, á cuyas puertas llegó alguna vez. Los emires Almondír y Abdalá, sucesores de Abderrahmán II, tuvieron más de una vez que pactar con Omar y reconocer su independencia; pero en los últimos años de Abdalá comenzó á decaer el nuevo reino.

La falta grave de Omar fué no tener plan político determinado y no procurar concertar su acción con la de los otros núcleos españoles del N.; en cuyo caso, atacando á los musulmanes por ambos lados á la vez, quizá se les hubiera vencido completamente. Pero tales combinaciones, que suponen una idea común política, no se pensaron entonces. Omar parecía el representante de un partido español cuyas aspiraciones, como eminentemente patrióticas, habían de concurrir con las de los cristianos del Norte; pero no era así, en realidad. Omar varió diferentes veces de criterio. Primero quiso ser independiente, prescindiendo de los demás núcleos nacionales; luego intentó concertarse con el gobernador árabe de África, que ya obedecía de nuevo á los califas de Bagdad, para que éstos le nombrasen emir de España; y, por fin, cambiando la aspiración puramente patriótica ó de raza, que había reunido bajo una misma bandera á cristianos y renegados, la convirtió en religiosa, abjurando del mahometismo y haciéndose cristiano; con la cual, casi todos los musulmanes que le ayudaban le abandonaron, preparando de este modo su derrota y la desaparición de su reino.

159. La aristocracia árabe y los renegados.—No fueron éstas las únicas luchas que se promovieron por causa de los renegados. La enemiga constante entre ellos, y la aristocracia árabe estalló de un modo violento en Elvira (cerca de Granada) y en Sevilla, dos grandes centros, sobre todo el segundo, en que los renegados tenían en su mano toda la industria y todo el comercio, haciendo de Sevilla una ciudad de primer orden. Los señores árabes, que despreciaban á los renegados y los enviaban juntamente, estaban además animados de un espíritu de rebelión que buscaba la independencia política aprovechándose de la debilidad de los emires reinantes después de Mohámed. En el reinado de Abdalá (888-912) los conatos de independencia llegaron á producirse de un modo alarmante. Muchos jeques y gobernadores negaron obediencia al emir, y se originó una verdadera anarquía, cuya base era la independencia de la aristocracia árabe. Entonces sobrevinieron los choques con los renegados de Elvira y de Sevilla. Omar auxilió á unos y á otros, pero no pudo impedir que, tras largo período de lucha sangrienta, fueran casi aniquilados en ambas poblaciones. En Sevilla apenas quedó un español con vida, y la gran riqueza de esta población desapareció con ellos. De este modo la aristocracia árabe sació su odio de raza y adquirió mucho más poder que antes. Pero en los últimos años del emir Abdalá empezaron á cambiar las cosas. Los ejércitos del emir vencieron á Omar, y, aunque no lograron reducir la independencia de los nobles, la quebrantaron, obligándoles á pagar los tributos. Así quedó preparada la obra del sucesor de Abdalá, Abderrahmán III, uno de los más grandes entre los gobernantes Omeyas. Con él acaba el período de independencia de los renegados en Aragón, Toledo, Mérida y Bobastro, y se reprimen por largo tiempo las tendencias separatistas de los jeques.

160 Abderrahmán III.—El Califato.—En efecto: Abderrahmán inauguró una política enérgica. Dotado de grandes condiciones políticas y militares, redujo en poco tiempo á todos los enemigos del poder central. Venció á Omar, ya muy débil por haberlo abandonado muchos de sus partidarios, y lo redujo casi á la impotencia, hasta que murió (917) dejando varios hijos que no supieron conservar su reino independiente. Luego

se dirigió contra los aristócratas de Sevilla y de Niebla, contra los jeques berberiscos independientes del S. de Portugal, contra los de Orihuela, Alicante, Valencia, Elvira, Badajoz y otros puntos, y á todos los sometió, favorecido por la falta de los grandes caudillos que en tiempos de Abdalá habían dirigido el movimiento aristocrático. Subyugó igualmente á Toledo y á los Beni-Casi de Aragón, restableciendo con esto la unidad política de los Estados árabes. Para caracterizar bien sus propósitos de fundar una monarquía robusta, absoluta, dejó el título de emir independiente, que habían usado los anteriores Omeyas, desde Abderrahmán I, y tomó el de *Califa*, como el soberano de Bagdad.

No contento con estos triunfos en el interior, llevó sus armas contra los cristianos, talando la comarca del Duero por el lado de León, y la del Ebro por la de Navarra, derrotando á los reyes cristianos en Valdejunquera (920) y apoderándose de muchas ciudades, incluso Pamplona. Estas victorias se contrapesaron con la derrota de San Esteban de Gormáz (917), sufrida por un general del califa; la toma de varios pueblos por las tropas leonesas y navarras; las dos batallas de Simancas y Alhandega, en que fué vencido el propio califa por el rey de León. Después de este período de guerras, Abderrahmán estableció relaciones amistosas con los reyes cristianos, interviniendo en cuestiones de política interior de León, apoyando á unos candidatos al trono contra otros (como veremos), mientras sus tropas se apoderaban del N. de África sometiéndolo á su poder.

161. Esplendor del Califato de Córdoba.—Las victorias de Abderrahmán III llamaron la atención de toda Europa, y el califa aumentó esta admiración con sus sabias medidas organizadoras. No sólo creó un gran ejército, sino que siguiendo la iniciativa de los emires anteriores, acrecentó la marina de guerra, la más poderosa en su tiempo de todo el Mediterráneo. Reconociendo su poder, enviáronle embajadas pidiendo alianzas todos los reyes europeos, con lo que la España árabe vino á ser entonces el centro político de esta parte del mundo. Fué también su centro de cultura. Abderrahmán cuidó tanto de este orden de cosas como del poder político, favoreciendo la

agricultura, las industrias, el comercio, la literatura y la enseñanza y levantando grandes monumentos en la capital y en otros puntos. Córdoba llegó á ser una de las ciudades más espléndidas del mundo, con medio millón de habitantes y multitud de mezquitas (templos mahometanos), casas de baños, palacios y jardines.

El sucesor de Abderrahmán, Alhacam II (961-76), continuó la política de su padre en todos los órdenes, y especialmente en el intelectual. Apasionado por la literatura, dedicó casi toda su actividad á reunir en la corte los más célebres literatos y sabios, á enriquecer las bibliotecas y á mantener el esplendor de las escuelas públicas. No dejó, por esto, de sostener guerras, primero con los cristianos del N., á los cuales venció obligándoles á la paz, y luego con los africanos que le negaban obediencia. El poderío militar del califato llegó á su colmo bajo el reinado del sucesor de Alhacam, Hixem II (976-1013), pero así como en los reinados anteriores se debió todo, en primer término, á la iniciativa de los califas mismos, en el de Hixem su persona no representa nada, dirigiendo toda la acción política un general y favorito suyo, con lo cual se inicia la decadencia del poder monárquico.

162. Almanzor.—Sus victorias.—Llamábase este general Mohámed-ben-Abdalá, y era oriundo de Algeciras, de familia noble. Favorecido por la sultana favorita de Alhacam, Aurora, vascongada de origen, obtuvo grandes mercedes del califa, llegando á primer ministro (*hagib*) del nuevo soberano Hixem II. Aprovechándose de la menor edad de éste (doce años), lo secuestró en palacio, aislándolo de todo el mundo, y gobernó por sí (aunque en nombre del califa) con toda libertad. El carácter de Mohámed era principalmente guerrero, y precisamente á sus victorias debió, más tarde, el sobrenombre de *Almanzor* (*Almansur-billah—ayudado por Dios ó victorioso por el favor divino*). Para cumplir sus propósitos, comenzó por reorganizar el ejército, aumentándolo con gran número de berberes adictos á su persona, que hizo venir de África. Con ellos atacó, en primer término, á su suegro, el general Galib, cuyo poder temía; y, habiéndolo derrotado, se dirigió en seguida contra los leoneses, aliados de Galib, apoderándose de Zamora, de Simancas y de

otros pueblos, y derrotando repetidas veces á las tropas cristianas. A consecuencia de esto y de las luchas entre varios pretendientes á la corona de León (en las cuales intervino, como veremos, Almanzor), se hizo éste verdadero árbitro del reino leonés por algún tiempo, durante el cual siguió la lucha con los núcleos cristianos del NE. (Cataluña), apoderándose de Barcelona. Desavenido luego con el rey leonés, invadió los territorios del Duero, conquistando primero á Coimbra y llegando hasta León, después de asaltar é incendiar muchos pueblos y monasterios. Resultado de esta campaña fué que casi todo el reino de León reconociese la soberanía de Almanzor. No quedó, en rigor, independiente más que la parte de Asturias y Galicia y algo de Castilla; pero en nuevas campañas ganó Almanzor á Astorga, y penetró en Galicia ayudado por los condes sometidos y por la escuadra enviada á Oporto, apoderándose de casi todo el territorio incluso la ciudad de Santiago de Compostela, donde los cristianos habían fundado un santuario célebre en el mundo, sobre el sepulcro del Apóstol de aquel nombre. Almanzor se llevó á Córdoba, como botín, las puertas y las campanas del santuario. Por fin, en una nueva campaña, asoló la Castilla, hasta que detuvo sus triunfos una derrota que le causaron los ejércitos cristianos reunidos en Calatañazor (provincia de Soria): aunque éste es hecho todavía dudoso para muchos autores.

163. La dinastía de Almanzor y los últimos califas.—Inmediatamente de la campaña de Castilla, murió Almanzor (1002), según unos á causa de las heridas recibidas en Calatañazor, según otros por enfermedad. El poderoso impulso dado por él á la grandeza exterior é inferior del califato fué continuado por su hijo Mudhaffar, que le sucedió en el cargo de primer ministro, aunque en realidad él era el verdadero califa. Tal estado de cosas no podía, sin embargo, mantenerse por mucho tiempo. La preponderancia de la familia Almanzor era mal mirada de muchos, y, además, la organización dada al ejército por aquél—formándolo en su mayor parte de berberiscos, africanos y de extranjeros esclavos ó á sueldo (gallegos, francos alemanes, lombardos, etc., todos los cuales recibían el nombre común de *eslavos*)—había creado el grave peligro del mili-

tarismo. Así como antes residía la fuerza en la aristocracia árabe, ahora la tenían los generales beréberes y eslavos. Juntas todas estas circunstancias, produjeron un largo período de luchas cuyo primer paso fué la caída del segundo hijo de Almanzor, Abderrahmán (1009), que se había hecho nombrar sucesor en el trono, y á quien sustituyó, no como ministro, sino como califa, mediante abdicación arrancada al débil Hixem, un jefe Omeya. Siguiéronse luego peleas interminables, ente varios pretendientes al califato (no obstante vivir todavía Hixem) y los generales beréberes y eslavos. Al fin, quedaron vencedores los berberiscos, que fundaron una nueva dinastía, la cual tampoco reinó en paz, sino en medio de anarquía atroz que produjo la existencia de varios califas á la vez y últimamente su interregno de seis meses, durante los cuales gobernó en Córdoba el Consejo del monarca. Pareció que iba á renacer la calma con el nombramiento de un príncipe de la familia Omeya, Hixem III, en 1027. Las escasas condiciones para el mando del nuevo califa alentaron nuevas sublevaciones, perdiendo aquél el trono (1031). Con esto terminó el califato, á los 275 años de haberlo fundado Abderrahmán I. Los gobernadores de muchas ciudades y los más poderosos jefes de tribu se declararon independientes, fraccionando el territorio y constituyendo varios reinos de corta extensión; mientras algunas ciudades importantes, v. gr., Córdoba, establecían como forma de gobierno una república aristocrática.

164. El reino de Oviedo.—La muerte de Alfonso I (§ 152) coincidió con la fundación del emirato independiente, durante el cual el poderío enorme de los musulmanes no permitió seguros progresos á los cristianos, no obstante algunas victorias de éstos. Verdad es que la organización de las fuerzas del nuevo reino se oponía á grandes empresas. Los reyes veíanse forzados á atender, en primer término, á los asuntos interiores: á las luchas con la nobleza, siempre anárquica y poderosa, y á la repoblación de ciudades y territorios. Así, la historia de los inmediatos sucesores de Alfonso I (Fruela I, Aurelio, Silo, Mauregato y Bermudo I) se reduce á reprimir sublevaciones en Galicia y otros puntos y á luchar con los nobles, que se oponían resueltamente á que la corona se hiciera hereditaria, siendo

ellos por el contrario los que eligen é imponen reyes. Las cosas variaron bastante al ocupar el trono Alfonso II, llamado el Casto, hijo de Fruela (791), contemporáneo de los emires Alhacam I y Abderrahmán II, contra quienes luchó recorriendo militarmente varios territorios de Portugal y recogiendo botín y prisioneros. Muchos mozárabes de las regiones visitadas se unieron á Alfonso, y sirvieron para repoblar las tierras del N. Las expediciones militares del rey Casto terminaron mediante pactos con los emires; pero Alfonso quería asegurar su poder en España, y buscó alianzas con el emperador Carlomagno, el monarca más poderoso de Europa, por entonces, y con su hijo Ludovico Pío, que habían ya entrado en España diferentes veces (§ 153 y 166). En esta alianza parece que vieron peligros para su independencia los nobles asturianos y gallegos y que trataron de impedirla; al menos así se desprende de la leyenda de un cierto Bernardo del Carpio, que cuentan obligó al rey á dejar todo trato que pareciera depresivo para la dignidad de los españoles, con reyes extranjeros. Aunque la figura de Bernardo es fabulosa y de invención muy posterior, es posible que refleje tradiciones de la época, expresivas, más bien que de un sentido patriótico (que no existía por entonces), de las suspicacias de la nobleza, contraria al robustecimiento del poder real.

Alfonso II dedicó gran parte de su reinado á organizar interiormente el país, restaurando la práctica de leyes visigodas caídas en desuso, construyendo poblaciones, fijando la corte en Oviedo y facilitando la venida de pobladores. En su tiempo verificóse un suceso de carácter religioso que tuvo gran influencia, más tarde, en la civilización de aquella parte de España; y fué el hallazgo del sepulcro y cuerpo del Apóstol Santiago, en un campo próximo á la ciudad de Iria. El descubrimiento causó gran regocijo en los cristianos, y el rey mandó edificar en el mismo punto una iglesia con residencia para el obispo. Alrededor de esta iglesia se fueron construyendo habitaciones, que al cabo formaron una población llamada *Compostela*. Para visitar el sepulcro se organizaron numerosas peregrinaciones, no sólo de otros territorios españoles, sino del extranjero, produciéndose así una corriente de visitantes y de influencias europeas en Galicia, que pesaron mucho sobre las costumbres y la literatura.

165. Centros cristianos del Pirineo.—Mientras los cristianos de Asturias y Galicia consolidaban sus dominios y se reorganizaban interiormente, concretábanse en otros puntos de la Península los nuevos centros de resistencia de Navarra y Aragón, iniciados confusamente en el período anterior (§ 151).

Los Navarros pertenecían á la nación vasca, siempre independiente, no obstante las muchas guerras que habían sostenido para subyugarla los reyes visigodos. Los Árabes se apoderaron de la parte llana del país, incluso la ciudad de Pamplona; pero la región montañosa siguió libre y en lucha constante, ora con los Musulmanes, ora con los Francos, que querían imponer su dominio y que en tiempo de Carlomagno y su hijo entraron varias veces en Pamplona. Como éste era el peligro mayor, contra él parece que se dirigieron principalmente los navarros, consiguiendo á comienzos del siglo ix—y con ayuda, según se cree, de alguno de los renegados Beni-Casi, semi-independientes del emir de Córdoba (§ 157)—derrotar y expulsar á los condes que gobernaban en nombre de los Francos (824). Lograda así su independencia respecto de unos enemigos, los Navarros se dedicaron á librarse de los otros, los musulmanes, pactando alianzas con condes de Aragón y de la Cerdeña, que también luchaban por su cuenta. En estas luchas tuvo sin duda origen la monarquía navarra. Para dirigirlas nombrábanse jefes ó príncipes que, poco á poco fueron logrando mayor importancia y significación. Seguramente, á uno de éstos corresponde el nombre de Iñigo Arista, que documentos antiguos suponen, como ya hemos visto, primer rey de Pamplona. Siguiéronle otros condes ó reyes de cronología dudosa, hasta un Sancho García (comienzos del siglo x: 905-925) que luchó también contra los Francos, aliándose con los musulmanes, y luego contra éstos, ganándoles tierras hacia el S., en connivencia con los cristianos de Asturias. A este Sancho llaman las crónicas Abarca, por el calzado de cuero dicho así de que, según se cuenta, proveyó á los soldados para hacer más ligera su marcha sobre la nieve.

Parecido rumbo llevó el condado ó reinecillo de Aragón, cuyas relaciones con el de Navarra fueron por esto mismo, acentuándose cada vez más. La comunidad de peligros—princi-

palmente el de los Francos, que dominaron, como resultado de sus diferentes invasiones, algunos territorios del lado de acá de los Pirineos, durante mucho tiempo—debió estrechar tan íntimamente la vida política de ambos núcleos, que la leyenda ha llegado á suponer un origen común á las monarquías de Aragón y Navarra. Los musulmanes designaron á los españoles independientes de estas regiones con el nombre de «cristianos de Alfranc». Al cabo, desarrollándose con más vigor el núcleo navarro, absorbió á los de la parte de Aragón (fines del siglo xi?), formando un reino que se extendía desde el O. de Pamplona hasta Urgel. Aragón no alcanzó verdadera personalidad política, como reino, hasta 1037 (§ 170).

166. El Condado de Barcelona.—Los musulmanes se apoderaron, en el siglo viii, de todo el territorio catalán, incluso sus principales poblaciones, entre ellas Barcelona (713). En este dominio fueron inquietados por los Francos á fines del mismo siglo; los cuales, más afortunados aquí que en la parte occidental, lograron conquistar en diferentes excursiones, mandadas algunas por el hijo de Carlomagno, Ludovico Pio, las plazas de Gerona (785), Ausona (Vich), Solsona, Manresa, Berga, Lérida, Barcelona (801), Tarragona (809) y Tortosa (811). Con la región así conquistada formaron los Francos una provincia llamada *Marca hispánica*, para cuyo gobierno pusieron condes, de procedencia franca ó visigoda. En 812 eran, éstos, cuatro: de Roselló, Empurias, Besalú y Barcelona. En 815 se menciona el de Cerdeña; en 819 los de Pallars y Urgell. No tardaron los condes en declararse independientes de los reyes francos. Ya en 827 se menciona la rebelión de un conde visigodo, Aizón, aliado de los musulmanes. En 874 lo era ya (creen algunos autores que por concesión, poco probable, del rey Carlos el Calvo á la que se oponen documentos de fecha posterior) el de Barcelona, Wifredo ó Guifré, llamado el Velloso, quien conquistó á los Árabes varios territorios hasta el campo de Tarragona. De este modo, á fines del siglo ix todo el N. de la Península, desde Galicia á Cataluña—aunque la faja fuese estrecha en la región navarra y en la de Aragón—era independiente de los Musulmanes y de todo poder extranjero. Pues si bien á últimos del siglo x todavía los monjes del monasterio de Ripoll reco-

nocían la soberanía de los reyes francos, esto constituye un hecho aislado. La mayoría de los señores, condes, etc., lo mismo que los propietarios de tierras, no reconocen, al empezar el siglo x, otra soberanía que la del país, y los eclesiásticos abandonan la costumbre de pedir protección á los reyes francos, buscando, para la confirmación de sus privilegios, bien al Papa, bien al conde de Barcelona.

Cada uno de los núcleos cristianos luchaba y avanzaba por su cuenta; y aunque el esfuerzo no era común, ni siquiera dentro de cada Estado, y más de una vez pelearon éstos entre sí en vez de pelear contra los Musulmanes, la resistencia partía de tantos lados á la vez, que los Árabes no podían ahogarla en absoluto.

167. Progresos del reino de Oviedo.—No obstante, el período que va desde la muerte de Alfonso II (842) hasta la desaparición del califato de Córdoba, fué en general, desastroso para los cristianos.

A pesar de todos los esfuerzos de los reyes, manifiestamente el Estado leonés-gallego no tenía consistencia ni unidad interior. Adviértese desde luego una oposición marcada entre la región asturiano-leonesa y la gallega, incorporada en tiempo de Alfonso I al reino ovetense. Los nobles gallegos se resisten de continuo á la autoridad de los reyes; y, contando con fuerzas propias é importantes, promueven continuos disturbios, cuya dirección principal la marcaba un vivo sentimiento de independencia anárquica. Aparte de esto, los condes de las fronteras, atentos á su interés particular más que al general del Estado, solían proceder unas veces con entera libertad, y otras en convivencia con los Musulmanes, á cuyos ejércitos ayudaban contra los compatriotas leoneses y gallegos: así sucedió con los de la región entre Miño y Duero y otros muchos. En las contiendas con el rey ó en las luchas entre candidatos de la corona, no vacilaban los cristianos en pedir auxilio á los Musulmanes, mezclándolos así en las cuestiones interiores que tenían perturbado el reino.

Con todas estas dificultades, y teniendo enfrente un Estado tan poderoso como el califato, no es maravilla que los núcleos del C. y O. de la Península avanzasen bien poco hasta la des-

aparición de aquél, á comienzos del siglo xi. No faltaron reyes, sin embargo, que en medio de tantos desórdenes prosiguieran la guerra, á veces con buena fortuna, aunque momentánea y poco aprovechada.

El inmediato sucesor de Alfonso II, Ramiro I (842), nada hizo en este orden. Tuvo que combatir en primer término á varios nobles que se habían sublevado, haciéndose nombrar uno de ellos rey; y luego á los Normandos (§ 155), que por este tiempo (844) aparecen en las costas de Asturias y Galicia, y á los cuales vencieron las tropas de los condes gallegos, en dos ocasiones.

El siguiente rey, Ordoño I (850), luchó y venció al reyezuelo renegado de Zaragoza y recorrió la región entre Salamanca y Coria, saqueando varias poblaciones, que no conservó. Con Alfonso III, llamado el Magno (866), renacen las sublevaciones de nobles gallegos, que no quieren reconocerle por rey. Vencidos, dedicóse Alfonso á guerrear contra los Árabes, extendiendo sus fronteras por el O. hasta el Mondego, y por el E. en tierra castellana, para afianzar cuyo dominio se dice fundó la ciudad de Burgos, aunque otros atribuyen esta fundación á un conde llamado Diego Porcellos. Casado con una hija del rey de Navarra, cuyo hecho pudo haber sido de beneficiosa influencia para la marcha política de los Estados cristianos, gozó de poca paz interior, pues se le sublevaron sus hijos y su propia mujer, de tal suerte, que tuvo el rey que abdicar. Como resultado de este hecho, divídense los territorios del reino leonés, tomando uno de los hijos de Alfonso, García, los de León; otro, Ordoño, los de Galicia y Lusitania, y un tercero, Fruela, el señorío de Asturias. El rey se reservó la plaza de Zamora.

168. Los reinos cristianos desde Ordoño II á Ramiro II.—**Castilla.**—La división había sido funesta para el poder político del reino, aunque duró pocos años. Prodújose precisamente cuando subía al trono de Córdoba Abderrahmán III y comenzaba el siglo de oro del califato. Así es que los sucesores de Alfonso III, aunque trataron alguna vez de oponerse á los musulmanes, fueron casi siempre vencidos, y la mayor parte del tiempo vivieron sujetos de hecho á los califas. Exceptúanse de esta regla únicamente Ordoño II (914), el rey de Galicia,